

LIBROS

Elogio de la literatura llamada "menor"

¿No se han fijado ustedes en que los tontos desconfían tenazmente de los cuentos? "No me vengas con cuentos", dicen, como si alguien fuese a ir con cuentos a quien no los merece. Tienen terror a ser engañados: la suspicacia excesiva, corolario de su estupidez, se basa en la suposición de que ellos pueden controlar el que no se les dé gato por liebre por el sencillo método de decretar que todo el que ofrece liebre da gato, que las liebres no existen y que a ellos les gusta mucho más el gato, puesto que tienen que comerlo todos los días. Naturalmente, son las víctimas más propicias de todos los engañabobos, pues son capaces de creerse cualquier mentira con tal de que no parezca un cuento; si se les miente so capa de ciencia, política, sentido común, realismo, progreso, etc., no tienen nada que objetar. De lo único que realmente desconfían es de la narración, con lo que destierran de sus burladas vidas la verdadera esperanza de hurtarse al engaño que les modela y hierde. Sólo miente quien dice manejar verdades necesarias, quien nos confina en las leyes sin excepción de lo irremediable; en cambio, el cuento, que explora las infinitas caras siempre aleatorias de lo posible, nunca engaña porque no se sitúa en la desdichada dicotomía verdadero/falso. El cuento no predica la verdad; sino nuestra verdad. Antonio Machado, que era tan distraído a veces, dijo aquello de: "Tu verdad, no: la verdad. Y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela". Como digo, fue una distracción; lo que quiso escribir es: "No la verdad, tu verdad; estoy dispuesto a escucharla. La tuya, cuéntamela".

Quienes amamos los cuentos, sufrimos mucho con la literatura "seria" contemporánea, más preocupada en la experimentación lingüística y la ruptura del

tradicional modelo narrativo que en la invención de buenos cuentos de esos que intrigan, asombran o hacen temblar. Las excepciones tipo Borges, Cortázar o Conrad no nos alivian de tanta cotidianeidad sensata como se nos propina, de tanto ameno diálogo metafísico entre una lámpara y una consola o de tanta culta ristra de percepciones deslavazadas, referencias poético-cinematográficas o audaces exabruptos políticos. Comprendo que si sólo hubiese cuentos, la supervivencia de "Tel Quel" se vería amenazada, aunque siempre sería posible un oportuno reciclaje: en todo caso, es un riesgo que yo correría con gusto. Lo cierto es que los



aficionados a que nos emboben con el "érase una vez..." tenemos que refugiarnos en la llamada literatura "menor", en los géneros populares cuya ritualización siempre amenazada de monotonía todavía guarda el tronar de furiosos oleajes, dragones de más allá de los astros, cuchillos en la sombra y el galope incansable de un jinete en la abierta llanura. Las novelas policíacas, las aventuras del "Far West" o de fantasía científica, los elfos de Tolkien o los Grandes Antiguos de Lovecraft: ahí se refugian los arquetipos, la vieja voz de los mitos, lo que originariamente hizo que un hombre escuchase a otro junto a la fogata en la boca de la caverna... Está de moda disculpar el interés por estas narraciones con más o menos sutiles racionalizaciones que las relacionan con lo auténticamente "serio": Julio Verne fue un interesante profeta de los "Soyuz" o del nazismo, la novela policíaca es un

afortunado ejemplo de forclusión lacaniana o la ciencia-ficción refleja los problemas sociales de Norteamérica mejor que Sinclair Lewis. Estas son explicaciones de los que viven engañados a fuerza de no querer dejarse engañar por los cuentos. La verdad del cuento es el placer que proporciona y lo demás son mentiras de quienes, denostando la "literatura culinaria", aborrecen el placer en literatura y en todo lo demás.

Dentro del género policíaco pueden distinguirse dos ramas fundamentales: la novela-problema y el relato de acción tipo "serie negra". Recientemente se han publicado en colecciones españolas dos novelas que representan dignamente las virtudes de cada uno de los géneros. En primer lugar, "El caso de los suicidios constantes", del gran maestro John Dickson Carr (1). Este cuento es una obra perfecta en su rango, un misterio cincelado como un trabajo de orfebrería. La habitación cerrada, el suicidio que parece cumplir un destino fatal, el fantasma escocés que ronda la vieja torre... y la omnisciente intervención del doctor Gideon Fell, alter ego de Chesterton en lo físico y en buena parte de lo moral, además de ser uno de los más logrados detectives de ficción. En la historia se reúnen las mejores condiciones de Dickson Carr, quizá el más excelente narrador del género después de Conan Doyle: agilidad expositiva, fantasía macabra y humor. La lógica de la solución es rigurosa, sin dejar de ser lo suficientemente caprichosa como para borrar cualquier atisbo de ese enfadoso naturalismo que convierte tantos relatos policíacos en simples crónicas de sucesos pormenorizados. Lo que interesa en estas narraciones no es el verismo del crimen, sino la perfección del juego de ocultismo y desvelamiento del autor. La otra novela es "El buitre paciente" (2), de James Hadley Chase, autor prolífico y muy irregular. Si una traducción refinadamente perversa no estropease en buena parte el placer de su lectura, el aficionado a Hadley Chase tendría aquí una muestra aceptable del buen hacer del escritor inglés. Pese a lo trillado del tema, esos aventureros que se internan en las selvas africanas para recuperar un anillo Borgia roba-

do por cierto abominable coleccionista fortificado en la cordillera de Drackensberg, se nos hacen creíbles y logran incorporarnos a su aventura. El relato recupera las constantes que subyacen al lector sin complejos culturales ni resistencias neuróticas a que le vengán con cuentos. ■ FERNANDO SAVATER.

La experiencia mágica de Aleister Crowley

Las ciencias ocultas —magia, alquimia, astrología, etcétera— han seguido una curiosa evolución histórica y social. Empezaron su vida siendo —como los vigentes sistemas científico-tecnológicos— propiedad e instrumento de las clases dominantes, que las utilizaron para afianzarse en el poder; muchas veces incluso confundidas con la religión, su práctica y conocimiento fue privilegio de sacerdotes y reyes. Ni más ni menos que los actuales tecnócratas, gobernaron aquéllos basándose en la fuerza que les daba el monopolio de todo el conocimiento científico de su tiempo.

Con el paso del tiempo, las ciencias ocultas han decaído socialmente, y han pasado a ser refugio intelectual de marginados, que buscan en ellas precisamente un antídoto contra la Otra Ciencia Oculta, la tecnológica, que ha sustituido a la antigua magia como instrumento del poder. Desde el siglo pasado, en el que la sociedad burguesa sistematizó sus pensamientos y sus valores en un férreo código, lo oculto y lo luminoso han vuelto a ser objeto de estudios por parte de los que han encontrado que ciencia y razón son siempre mitos, y que la noción del "progreso científico" enmascara la voluntad de perpetuarse en el poder de la clase burguesa. Los magos modernos —siguiendo en ello el ejemplo de las brujas medievales, pero de forma más sofisticada y culta— son, ante todo, rebeldes; su rebeldía puede estar basada, como en el caso de René Guenon, en un tradiciona-

(1) "El caso de los suicidios constantes", J. Dickson Carr. Col. Séptimo Círculo, Alianza-Emecé.

(2) "El buitre paciente", J. Hadley Chase. Ultramar Editores.

París

Giscard, N. Sarraute, Kubrick

SE estaba esperando —sin mucho entusiasmo, en verdad, pero con creciente curiosidad— el libro de Giscard d'Estaing. Todo se llevó con grandes secretos, y ya se sabía que se trataba de un compendio del pensamiento de Giscard. Giscard trata de definir lo que es la **democracia avanzada** francesa, "partiendo del individuo" y no de la sociedad.

Se esperaba este opúsculo por lo insólito que resulta el que un Presidente en ejercicio se decida sacar un libro.

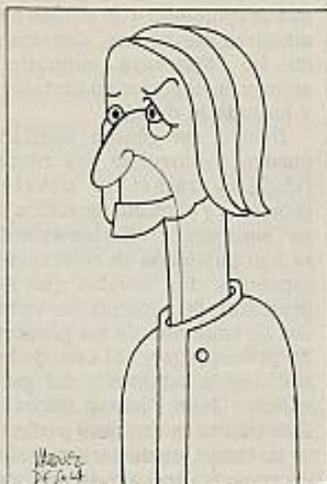
El retraso en cuestión ha dado pie a no pocas ironías. Mitterrand asegura que se ha debido a que, en definitiva, Giscard se ha dado cuenta de que no tiene nada que decir; otros afirman que ha tenido que modificar muchos pasajes, en los que confesaba su admiración por el "modelo sueco", después de la derrota de Olof Palme.

La puntilla al "nouveau roman"

El libro de Giscard corre el riesgo que conoció el "nouveau roman". Lo que a los veinte años de su "aparición" se presumía acaba de ser confirmado por uno de los principales representantes de este movimiento literario francés: el "nouveau roman" nunca existió.

Dice Robert Pinget que la crítica ignorante habló de la **nueva novela** cuando salió el primer libro de Alain Robbe Grillet porque no sabía qué decir; los autores agrupados en las Editions de Minuit —todos ellos trataban de romper las viejas formas de la novela— vieron cómo esa misma crítica les atribuía la etiqueta del "nouveau roman", definición cómoda que simplificaba las cosas para el gran público. Ese equívoco fue mantenido por los propios escritores, porque era comercialmente rentable.

Y así, Alain Robbe Grillet, Claude Simon, Nathalie Sarraute, Michel Butor, Jean Ricardou y otros, aplicaron —en mayor o menor grado— las normas establecidas por los "teóricos": ruptura del discurso narrativo, rechazo del personaje y de la psicología, importancia privilegiada de la mirada y de los objetos,



Nathalie Sarraute.

exploración deliberada de los recursos materiales ofrecidos por el idioma, innovaciones sintácticas y tipográficas, manipulación del tiempo, del decorado, etcétera, todo ello enumerado sin la pretensión de citar todos los elementos, y para referir que Nathalie Sarraute acaba de publicar lo que será una de las mejores novelas de esta temporada: "Dicen los imbéciles".

Elogio de la necesidad

Nathalie Sarraute —sin duda, la representante de aquel "nouveau roman" que continuó ejerciendo una influencia permanente en la literatura universal— no había escrito nada desde 1972. Ahora, con su forma insólita en la novela tradicional desmenuza lo que hay de destructivo en la expresión "eso es lo que dicen los imbéciles".

Es una trampa —dice Nathalie Sarraute—: en lugar de explicar una idea, de analizarla, de ver lo que tiene de verdad o de falsedad, se la aplasta, se la petrifica con esa frase fascista: "Eso es lo que dicen los imbéciles".

Decir que alguien "es un imbécil" es una forma de racismo, de segregación; esta actitud procede de las jerarquías que nos hemos fabricado, sin darnos cuenta de que, a un cierto nivel, todo es humano, y todo ser humano tiene un registro inmenso de posibilidades.

Al contrario, para Nathalie Sarraute, lo que declara el

"hombre de inteligencia suprema" lo aceptamos sin analizarlo, aunque sea una imbecilidad. "Todo esto falsea nuestros juicios, y nos lleva directamente al culto de la personalidad y al terrorismo".

El campesino y Barry Lyndon

Aquí ha venido Bob Wilson (el de "La mirada del sordo"), con una ópera muda ("Einstein on the Beach"), que merecerá un amplio comentario; más urgente es citar el paso del teatro Campesino, primero por el Festival de Nancy, y luego por París.

Ya se sabe que esta compañía fue creada por Luis Valdés, en 1965, para apoyar a los huelguistas de los viñedos norteamericanos, dirigidos por el chicano César Chávez. En París, entre una obra de Ionesco, otra del Magic Circus y lo que queda del teatro líquido, el Campesino siempre provocó una sensación de frescor. Este año alguien le reprochó a Valdés la permanencia de los mismos temas (el bracerito chicano, el patroncito, los esquiroleros, los contratistas, etcétera), y la falta de "modernidad" de su espectáculo. "Nosotros avanzamos al ritmo de nuestro pueblo —contestó Valdés—, ni más despacio ni más de prisa".

Clásica es también la última película de Stanley Kubrick, **Barry Lyndon**. Ningún elemento futurista en ella; aquí, la historia de un joven irlandés de la burguesía media, a quien el destino llevó hasta la cumbre de la sociedad europea (durante la guerra de siete años) y arrastró al fin a la miseria y a la desgracia. La historia de un pícaro sensible, sentimental y generoso hasta que la ambición lo convirtió en brutal y egoísta. Pero no hay ningún mensaje. Se trata de una sucesión de imágenes suntuosas; una selección musical con fragmentos de Haendel, Schubert, Vivaldi, Bach, etcétera.

Barry Lyndon es un concierto, una galería de exposiciones, un drama triste y serenisimo, que después de visto no se podrá concebir el cine de la misma forma que antes. ■ **RAMON CHAO.**

lismo reaccionario, o bien —como ocurría con André Breton, que quiso aunar los papeles de mago, poeta y revolucionario—, por el contrario, en el deseo de conseguir un verdadero progreso, un cambio en las estructuras de pensamiento vigentes, poco satisfactorias para nadie.

De entre estos últimos, el que con más seriedad se tomó su papel de mago fue el nietzscheano Aleister Crowley, de quien se ha editado recientemente un tratado de Astrología en castellano (1). Pero antes de hablar del libro, su primera obra en castellano, conviene presentar al extraordinario Aleister Crowley. Poeta y escritor fecundo y dotado, ajedrecista poco común, cazador de fieras y consumado alpinista, añadió a todas estas aficiones que hubieran bastado para llenar la vida de cualquier hombre normal, una sed de absoluto y una curiosidad que le hicieron investigar por los oscuros y poco ortodoxos caminos de la magia. Comenzó su carrera mágica en las filas del Alba Dorada, la más importante escuela de magos de finales del siglo XIX, que contó en sus filas a hombres como Bulwer Lytton, Yeats y Bram Stoker. Fue jefe de la OTO (Orden del Templo de Oriente) en Inglaterra, Irlanda y Escocia. Fundó su propia sociedad, la Estrella de Plata, y aún tuvo tiempo para renovar por completo la magia occidental, enriqueciéndola con aportaciones del tantrismo hindú, de funcionamiento sexual. Su obra en este terreno es vastísima, y puede decirse que escribió sobre todos los temas relacionados con el reino de lo oculto, dándoles siempre una visión renovada, separándolos cada vez más de la religión y estableciendo a través de ellos las bases de un nuevo sistema de pensamiento. Su "Libro de la Ley" es un compendio de aforismos e instrucciones mágicas, cuyo lema principal es: "Haz tu voluntad; ese es el compendio de la Ley". El sistema mágico de Crowley tiene su base teórica en una adecuada utilización de la voluntad personal, que puede —según él— llegar a ser todopoderosa si se emplean los medios adecuados.

La personalidad de Crowley, su rechazo de los valores de la sociedad victoriana en que vivió, su afirmación de una transmutación de todos los valores como necesidad para hacer del

(1) "Astrología", Aleister Crowley. Introducción y notas de Stephen Skinner. Traducción de José González Vallarino. Ed. Felmar. Colección Abraxas.